

El regreso

Habían pasado varias décadas desde mi salida del pueblo, llevando en la maleta mi mundo juvenil lleno de fantasías. Estaba ansioso en la vuelta a mis orígenes, en ver los lugares a orilla del Río Aguas Vivas con el que crecí y disfruté de la naturaleza que tanto me enseñó. Aquel río que corría antaño con mucha, poca o nada de agua según la estación, pero que siempre estaba vivo y llenaba de vida su cauce y orillas. Pero ahora estaba seco y muerto.

En el Hocino unas ranas croaban en su charca putrefacta, como pidiendo a gritos que alguien les cambiara el agua. Río arriba el cauce era el de un barranco, seco y pedregoso, con charcos donde grupos de tejedores remaban sin cesar y escarabajos acuáticos buceaban perezosamente en busca de algo que llevar a la boca. Solo las especies con individuos muy simples luchaban por sobrevivir en un ambiente agresivo. Barbos y cangrejos de peldaños evolutivos superiores estaban extinguidos.

Las malas hierbas proliferaban en las orillas con sus espinosas garras amenazantes y algunos chopos cabeceros decrépitos y con raquílicas ramas, vivían entre ellas intentando ocupar un hueco. La ley de selección natural había actuado, los individuos más adaptados al ecosistema habían desplazado a los demás.

Ya no corría el agua por el río, la sangre que en otro tiempo mantenía en vida a un ecosistema en equilibrio crítico y precario, había desaparecido. Hasta el trino de los pájaros sonaba más triste, pero al menos se oía, ya no se escuchaba el sonido saltarín del agua al correr, en su lugar había silencio, vacío.

El hombre, cúspide de la cadena trófica y máximo depredador, había desangrado el río. Un canal de veinte kilómetros desviaba toda el agua durante ya cincuenta años, dejando seco su cauce y los acuíferos sobreexplotados sin posibilidad de regeneración.

Lo que la naturaleza había construido en millones de años el hombre lo había destruido en cincuenta años sin posibilidad de reversión. Ahora era el Río Aguas Muertas.